

Conversatorio con Carlos Liscano

A Conversation with Carlos Liscano

María Victoria Ibarra Curri

Instituto de Educación Superior 9002, Argentina

mibarra@mendoza.edu.ar

Romina Andrea Marín

Institutos de Educación Superior 9029 y 9023, Argentina

rmarin@mendoza.edu.ar

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo homenajear y recuperar la voz de un escritor que falleció recientemente y que estuvo al servicio de la memoria y la democracia. Compartimos pasajes relevantes de una entrevista que se llevó a cabo por plataforma de *streaming* durante la pandemia con el escritor uruguayo Carlos Liscano y estudiantes de cuarto año del secundario de un colegio ubicado en el centro de Mendoza. El proyecto surgió con el fin de dar respuesta a las inquietudes del aula. Presentamos el diálogo que sostuvieron con el autor esos lectores y lectoras adolescentes luego de meterse en *El furgón de los locos* (2001), obra donde Liscano recupera memorias de los tiempos de dictadura.

Palabras clave: lectores adolescentes, Carlos Liscano, testimonio, experiencia carcelaria, docencia

Abstract

This work aims to pay tribute to and recover the voice of a writer who recently passed away and who was dedicated to memory and democracy. We share relevant excerpts from an interview conducted via a streaming platform during the pandemic with Uruguayan writer Carlos Liscano and fourth-year students from a school located in the centre of Mendoza. The project arose in response to concerns raised in the classroom. We present the dialogue between the author and these teenage readers after they read *El furgón de los locos* (2001), a work in which Liscano recovers memories of times of dictatorship.

Keywords: teenage readers, Carlos Liscano, testimony, prison experience, teaching

Comenzamos el año lectivo 2020 dialogando con lxs estudiantes de cuarto año. Nos interesaba profundizar sobre sus conocimientos previos, gustos e intereses para organizar la planificación anual. Lxs chicxs nos manifestaron que estaban cansados de leer libros antiguos, de autores de otros tiempos. Expresaron que sería bueno que desde la escuela pudieran leer textos “cercanos”, relacionados con la vida real y conocer más sobre la vida y el contexto de sus autores. En medio de estas inquietudes, la Pandemia por Covid 19 se hizo presente y tuvimos que trasladar la escuela a la virtualidad. Lxs docentes tuvimos que reinventar modos de dar clases y sostener el vínculo con nuestrxs estudiantes. En este clima inestable, muchxs profesorxs nos preguntábamos cómo motivar a lxs alumnx.

A partir de algunas de las frases que nuestrxs alumnx nos habían compartido, decidimos realizar un proyecto que integró el área de Lengua y Literatura con Instituciones Políticas y Sociedad en un Colegio de gestión privada ubicado en el centro de Mendoza. Propusimos la lectura del texto *El furgón de los locos*, una obra en la que el autor Carlos Liscano trabajó con materiales testimoniales, autobiográficos, relacionados con la violación de derechos humanos en tiempos de la dictadura uruguaya de 1973-1985.

Un día se nos ocurrió la posibilidad de escribirle a Carlos y contarle que lxs chicxs de un colegio secundario estaban leyendo una novela suya. A lo mejor podía mandarnos un video y podíamos compartirlo con la clase. Le escribimos por Facebook y para nuestra sorpresa nos respondió rápidamente y con mucho entusiasmo. Nos contó que su obra circula en España con facilidad, pero no tanto en la Argentina, y lo que más le extrañaba era que chicxs del secundario estuvieran leyendo un texto suyo. Su reacción nos motivó para continuar y, entre otras actividades, planeamos un conversatorio de lxs estudiantes con el autor, una vez que hubieran terminado la lectura. A continuación, ofrecemos algunos pasajes relevantes de esa conversación que se llevó a cabo por plataforma de *streaming* el 9 de octubre de 2020.

Lucas: *¿Qué sentís al saber que un grupo de Mendoza está leyendo tu libro?*

Carlos Liscano (CL): Antes que nada, les agradezco la invitación. Me resulta un poco sorprendente, pero me alegra mucho que estudiantes de Mendoza estén leyendo un libro mío. Es más fácil conseguir un libro de España que conseguir un libro de Perú o de Bolivia o de Argentina. En América Latina, existen dificultades para conseguir literatura de países cercanos y muchos libros circulan secretamente de modo artesanal. Creo que este es uno de esos casos. Según tengo entendido, el profesor Ramiro Zó leyó el libro y lo difundió en la universidad, así llegó a Victoria y luego a ustedes.

Rocío: *¿Cuándo, cómo y por qué decidiste escribir El furgón de los locos y cómo fue el proceso de escribirlo?*

CL: Bueno, Rocío, yo estuve preso desde 1972 hasta 1985. Cuando uno sale de la cárcel, lo menos que quiere es pensar en la cárcel. Quiere pensar en el futuro. Salí a los 36, había perdido una parte de mi juventud. A mí me salieron canas en la cárcel, entonces tenía una gran necesidad de vivir. Vivir implicaba aprender a vivir, relacionarme con gente. Descubrí cosas que no conocía y sobre todo no encontraba un lenguaje para contar lo que me había pasado. Lo que me preocupaba era reflexionar sobre la relación del torturado y el torturador, pero no encontraba un lenguaje para escribir eso. Después de vivir diez años en Suecia, vine para Montevideo y mi cabeza empezó a cambiar. Otra vez estaba en la sociedad uruguaya, hablando con gente que había tenido la misma experiencia o con gente que no sabía nada. Yo escribía para la prensa, traducciones... Y un lunes en la mañana increíblemente mi escritorio estaba vacío, no tenía trabajo y entonces me puse a escribir algo. Empecé un lunes y no paré hasta el sábado. La parte fundamental del libro se escribió en seis días. Quedé muy agotado. Me pareció que el libro no era indigno del asunto que trataba. Lo leyeron algunos amigos y amigas, y lo llevé a una editorial. Cuando un escritor lleva un libro a la editorial se queda como cuando mandábamos la carta a los reyes magos... ¿Qué me traerán? Pasan las semanas, meses... los reyes no llegan nunca. Uno se impacienta y piensa que el mundo es injusto

porque uno ha escrito un gran libro y el mundo no se va a enterar nunca. Y a veces, la mayor parte de las veces, la respuesta de la editorial llega siempre tarde: “está muy bien pero a nosotros no nos interesa”. Y uno piensa que lo que escribe no vale nada. Entonces uno tiene que ir a otras editoriales. Eso me ha pasado, pero en este caso la editorial contestó casi enseguida que tenía interés en publicarlo. Cuando volví a Montevideo sentía una obligación moral. Cuando salí de la cárcel estaba en cero: no tenía oficio, casa, documentos... Cuando llegué a Estocolmo estaba en menos diez porque no entendía la lengua. Fue un gran desafío aprender la lengua, conseguir trabajo, integrarse, y allí en Suecia conocí gente de muchísimos países. Fue una experiencia cultural muy importante. Cuando uno conoce otras nacionalidades descubre que hay otras formas de resolver los mismos problemas. Conocí gente de países con muchísimos problemas. Había gente que estaba peor que los uruguayos. Eso hace que uno redimensione los problemas de su sociedad. Acá uno podía ir a la carnicería y comprar carne. En otros países no había agua, directamente. Me hice ciudadano en Suecia. Entendí qué quiere decir “ser ciudadano”: uno tiene derechos y obligaciones. Los derechos se cumplen. Cuando volví a Uruguay sentía la obligación de contar algo, pero me sentía muy inhibido por lo que había visto en otros países. Al final encontré una forma de contarlos que no fuera una denuncia pero tampoco una queja, sino una reflexión sobre la relación entre el torturado y el torturador.

Gonzalo: *¿Hasta qué punto el libro tiene ficción?*

CL: No hay ningún libro objetivo, ni los libros de matemáticas. Todos representan el punto de vista del autor. Ni hablar de los libros de historia. La literatura tampoco puede ser objetiva. Yo traté de contar cosas que me parecieron reales y la reflexión sobre esos hechos. Pero sin duda la parte de ficción más importante es la estructura. Tiene forma de novela. El libro se apropia de la forma de novela para contar cosas propias, íntimas. Yo no lo considero una novela, pero hay críticos que lo consideran novela porque tiene capítulos, tiene partes. Esa estructura de la novela le da cierto atractivo y lo hace más fácil de leer, porque si yo contara cosas sin esa estructura sería un plomazo. Hay gente que me ha dicho que empecé a

leerlo a las diez de la noche y lo leyó hasta las tres de la mañana sin parar. La estructura del libro es donde está la ficción.

Micaela: *Hola, Carlos, soy Micaela y quería saber cuándo comenzaste a formar parte del movimiento Tupamaro y por qué.*

CL: Bueno, Micaela, yo empecé por el año 1970. En América Latina se vivían años de mucha violencia del Estado hacia las poblaciones y también había respuesta a esa violencia de parte de las organizaciones sociales. Por ejemplo, los estudiantes universitarios y secundarios que pagaron un altísimo precio de muertos, torturados, desaparecidos, gente de la edad de ustedes que luchaba por sus derechos: al transporte, a los libros.... Aquí en Uruguay había represión, un gobierno autoritario y todo había ido derivando cada vez más al autoritarismo con represiones a los trabajadores, a los sindicatos, al movimiento estudiantil. La sociedad se fue radicalizando. Había miseria, los sueldos no alcanzaban, poco trabajo. La sociedad se fue polarizando. Había surgido el movimiento Tupamaro y hacia el año setenta muchos jóvenes pensábamos que no había ninguna salida por la vía democrática para cambiar la situación, y entonces nos entregamos al movimiento Tupamaro. Yo hoy creo que hay que defender las instituciones. Exigirles a los adultos, exigirles a los políticos que respeten las instituciones porque, cuando la sociedad deja de respetar a las instituciones, a nadie le importa nada al final y todo se hunde. Aunque parezcan instituciones muy burocráticas o burguesas o como quieran decirle, algunas tienen doscientos años de historia y es mejor mantenerlas y tratar de mejorarlas que ignorarlas y trabajar para que se hundan. Porque, cuando las instituciones se hunden, no es que venga una institución mejor: viene el caos.

Matilde: *¡Hola, Carlos! Soy Matilde y yo te voy a hacer la siguiente pregunta: ¿qué fue lo que más te marcó en la cárcel y qué estrategias usaron para saber qué pasaba afuera de la cárcel?*

CL: Bueno, la cárcel es especial. Yo estaba en una cárcel militar para presos políticos. Allí la represión era silenciosa y no era fácil de ver. Si alguien llegaba de visita, decía estos tipos están bien, comen, pueden leer. Pero la represión era muy efectiva. Se trababa de conseguir el mayor

aislamiento que se pudiera. La cárcel estaba dividida en veinticinco sectores y todos estaban aislados entre sí. En algunos casos se llegaba al aislamiento individual: una persona sola durante años. No teníamos ropa, uniforme, ni nombre. Nos rapaban tres veces por semana. Hubo casos gloriosos en que te rapaban dos veces el mismo día. La comunicación entre nosotros era muy difícil. Cuando teníamos media hora para comunicarnos en el recreo solamente podíamos hablar de a dos. Entonces hay una experiencia para mí como futuro escritor que era, que tiene que ver con el lenguaje, porque en la cárcel no hay objetos. Quiero decir objetos comunes como hay en una casa. No hay una radio, no hay un televisor, no hay un periódico, una cocina, fuego, no hay una llave. Uno nunca enciende ni apaga la luz. No hay un vaso de vidrio, reloj, cinturón, corbata... Entonces la relación con el lenguaje es rarísima. Yo sabía lo que era una llave, pero nunca tenía una llave en la mano. Yo sabía lo era un tv, pero nunca manipulaba un tv. Entonces esos objetos existen en el lenguaje, se vuelven abstractos. Cuando vos no tenés un espejo durante años, un día mirás tu cara y decís “¿ese soy yo?”. El lenguaje se empobrece mucho. Eso pasa en todas las cárceles del mundo. Los presos comunes usan muy pocas palabras. Uno en la cárcel no es hijo, no es hermano, no es amigo, no es estudiante, no es trabajador. Eso es lo que sostiene el lenguaje, las relaciones humanas. Si yo no estoy obligado a decir “buen día” nunca, el lenguaje se empobrece, se empobrecen las relaciones humanas, el desarrollo afectivo. Si uno nunca le dice a una persona “te amo” porque no tenés ese sentimiento, ¿a quién le vas a decir?, ¿a la pared? Y bueno, uno va evolucionando dentro de la cárcel. No es lo mismo estar preso a los veintitrés años que a los treinta. Yo me hice hombre adulto, hice mis mejores amigos, me salieron canas... Eso es para toda la vida. Aquí en mi casa a veces me toman el pelo porque se nota esa “cultura de preso” y lleva mucho tiempo reencontrarse con la sociedad. Cuando yo salí, por ejemplo, no conocía el dinero. No sabía cuánto valían las cosas. No me animaba a cruzar la calle. Miraba un auto a cincuenta metros y me quedaba como un niño, me tenían que llevar de la mano. Salí de la cárcel y me fui a vivir con mi hermana que vivía con su marido, entonces un día me dijeron: “Mirá, cuando vayas al baño, podés dejar la puerta abierta aquí, en casa, pero en

otra casa la puerta del baño hay que cerrarla”. Porque yo en la cárcel tenía la puerta abierta. Son cosas mínimas, pero cuesta habituarse, y si además uno se traslada a otra sociedad, irse a vivir a Suecia, donde uno no entiende nada, ni una palabra, y además hay otras normas, otras costumbres... Pero vuelvo a la cárcel: saber lo que pasaba afuera era muy difícil. Los familiares podían visitarte una vez cada dos semanas a menos que estuviéramos castigados y tenían poca información por la censura. En aquella época muchos familiares estaban exiliados en Europa, mandaban casetes con información, entonces juntábamos información de todo el país de a poquito. A veces era información atrasada. Por ejemplo, cuando salí de la cárcel y llegué a Estocolmo la gente me preguntaba “¿qué necesitas?” y yo les decía que necesitaba información. No sabía cómo había terminado la guerra de Vietnam y me decían “pero eso terminó hace más de diez años”. No dejaban entrar ningún periódico, salvo algunas revistas de chimentos como *Gente* y *Claudia*. *Claudia* era una revista para mujeres que traía chimentos, moda... Nosotros nos habíamos hecho especialistas en leer *Claudia*, porque así alguna noticia se sabía, al menos.

Bruno: Bueno, yo soy Bruno y quería saber si cambió tu opinión política luego del encierro.

CL: Sí. Digamos que nosotros, los tupamaros, creíamos en una transformación violenta de la sociedad. Todos fracasamos. La experiencia de vivir en Suecia fue muy importante. No es que me haya transformado en un sabio político, sino que te cambia el simple hecho de vivir en una sociedad que funciona, donde se respetan los derechos, donde todo el mundo tiene derecho a la salud, al techo, a la educación y esos derechos se cumplen. Eso es así. Si te quedas sin techo, vas a la oficina social y te dan un lugar para vivir. Entonces, yo seguí votando a la izquierda, siempre. He participado en campañas electorales aquí. Siempre he votado a la izquierda. He ocupado un cargo en el gobierno de izquierda del 2009: fui viceministro de Educación y Cultura y después director de la Biblioteca Nacional. No tengo ninguna militancia partidaria. Eso implica una disciplina que yo no estoy dispuesto a cumplir. Creo que las transformaciones hay que buscarlas por la vía constitucional y electoral, pero hay sociedades donde eso no es posible. Hay sociedades donde no hay constitución y no

se respeta la constitución. Basta prender la televisión para enterarse de que hay países en guerra, con hambre, con injusticias inmensas y yo no puedo condenar a quien se resista violentamente a esas injusticias. En Uruguay el movimiento Tupamaro hoy es un movimiento legal. El presidente Mujica es uno de los fundadores de los tupamaros y nos hemos reciclado hacia la vía legal.

Blanca: *Te quería preguntar qué te enseña la militancia.*

CL: Yo pertenezco a una generación de viejos que desde los dieciséis años nos preocupábamos por la política. Eso implica que uno tiene que estar informado. Uno no puede opinar si no está bien informado. Eso conduce a estudiar las noticias del día y estudiar historia, algo de economía hay que saber: qué es lo que vende el país, qué es lo que compra, eso conduce a la filosofía. Éramos una generación de, perdón por la palabra, “pendejos sabiondos”. Cuando abrías la boca te equivocabas y te daban un palo. Tenías que saber lo que decías. Digo esto porque yo he sido docente en la universidad privada y pública y me asombraba lo poco que saben los estudiantes de cualquier cosa que tenga que ver con política. Yo llegué a Suecia y al mes sabía el nombre de todos los ministros, pero si acá en Montevideo salgo a hablar con los jóvenes y les pregunto los nombres de los ministros de hoy, no lo saben y no les interesa saberlo. La militancia tenía eso. Y probablemente lo tenga todavía: uno tiene que saber. No basta con leer un libro. Uno tiene que ir a buscar la información. Hay que investigar dónde está la información. Yo todavía tengo el vicio de estar informado. Todas las mañanas leo la prensa uruguaya, después leo, en este orden: ¡Atenti! *Perfil*, *La Nación*, *Clarín* y *Página 12*. Todas las mañanas. Por lo menos veo los titulares. No estoy al tanto del detalle de lo que pasa en Argentina, pero sí tengo alguna idea de lo que se discute, cuáles son las dificultades, el precio del dólar, el gol de Messi anoche. La militancia dejaba eso. Hasta el 2015 fui director de la Biblioteca Nacional y eso es un trabajo de tiempo completo. Tengo setenta y un años, no me siento en condiciones de tener actividad política, no tengo ganas, me ocupo de mi familia, escribo algo, organizo mi archivo y participo de algunas cosas como esta actividad con ustedes, en algún congreso virtual que hay ahora en octubre, ayudo con las traducciones de mi obra al italiano y con eso tengo la vida completa.

Cecilia: *¿Qué significa para vos haber sido docente y director de la Biblioteca?*

CL: Fui docente pero no profesor. No tengo ningún título. Aunque no lo crean, daba matemática. Como necesitaba trabajar en Suecia, me ofrecieron dar clases y dije que no. En sueco no me animaba. Yo estaba muy pobre. Comía una vez por día y me ofrecían trescientas coronas la hora. Fue una experiencia que me ayudó a conocerme a mí mismo. Un docente no puede creerse superior. Tiene que respetar a los alumnos. Dar clases a adultos suecos me daba una superioridad que me permitió aprender mucho sueco. Los alumnos me iban enseñando palabras nuevas, expresiones, frases. Como docente en Montevideo di clases en una universidad privada. Yo tenía que enseñarles a escribir, porque estaban haciendo la Licenciatura en Ciencias de la Educación y tenían muchas dificultades para escribir. Al principio yo tenía algunas dificultades porque eran veinteañeros y yo los trataba como adultos, pero ellos se consideraban adolescentes. Después nos fuimos entendiendo y quedamos amigos hasta el día de hoy. Hace tres años fue la última vez que ejercí la docencia en un curso de dramaturgia en la universidad pública y no fue una experiencia gratificante. Yo tenía en ese momento sesenta y ocho años y la alumna más joven tenía dieciocho. Entre ella y yo había cincuenta años de diferencia. Los problemas de comunicación eran enormes. No nos entendíamos y no era culpa de ellos. Cuando terminó el curso dije “no vuelvo más a la docencia”.

Y como director de la biblioteca... Es una experiencia maravillosa. Yo no sabía nada de la Biblioteca Nacional. Es un cargo de confianza política, igual que en Argentina. Lo designa el poder ejecutivo, el presidente de la república. Aprendí mucho sobre nuestra Biblioteca Nacional y sobre qué es una biblioteca nacional. Conozco bastante bien la Biblioteca Nacional argentina. Una biblioteca nacional forma parte de la identidad de una sociedad. En Argentina se guarda todo lo que se publicó desde la época colonial hasta lo que se publicó ayer. La pregunta que uno se hace es qué pasaría si desapareciera una biblioteca nacional. Bueno, dejaríamos de ser como somos. Porque está la memoria escrita de la sociedad. Fue una experiencia muy importante para mí y creo que, con total modestia, aporté

algo a la sociedad uruguaya. Hicimos investigaciones originales de literatura, historia, geografía. Recuperamos archivos: el archivo de un escritor que estaba en la casa de sus hijos. Elaboramos una política activa de ir a buscar los archivos para que quedaran en la Biblioteca Nacional para siempre, así no se pierden ni se deterioran. Es muy cómico, porque hay familiares que no saben la importancia que tiene el archivo, pero hay otros que se niegan a entregarlos y hay que explicarles que en una casa los archivos se deterioran y en la Biblioteca Nacional no. Allí están para siempre.

Magalí: *A mí me surgió una consulta con lo que contabas en la novela, sobre cómo viviste vos la docencia dentro de la cárcel.*

CL: No fue docencia. Fue un acto de solidaridad, de compañerismo. Yo tenía un compañero de celda que era un dirigente sindical importante, un campesino, que apenas había ido a la escuela y tenía dificultades para escribir. Cuando él llegó a mi celda me dijo que quería escribirle a su hija adolescente y no sabía cómo. Yo nunca había dado clases de nada. Conseguí un libro de gramática para primer año de secundaria y nos hicimos un plan. Todos los días de 15:00 a 16:30 yo le daba una clase en un pizarrón, que era la pared pintada. Era un campesino bien organizado, tenía su cuadernito. Nosotros estábamos juntos todos los días en una celda pero a las 15 estaba con su cuaderno, lápiz, goma. Después de unos meses terminamos el libro de gramática y terminó el curso. Leía en voz alta y le escribía cartas a su hija. El día que terminó el curso hicimos una fiesta en la escuelita que era la celda. No sé qué hicimos. Una cosa distinta para festejar el fin de curso. Creo que fue mi mejor alumno porque es increíble la experiencia de un hombre que no se puede comunicar por escrito con su hija y después de seis meses ver cómo puede hacerlo. Es como ver el conocimiento surgiendo como un fuego que crece. Tenemos una relación afectuosa que no está basada en la política, está basada en esa experiencia. Él se sintió crecer y después leía por su cuenta. Ver cuando una persona accede, se hace con el conocimiento, esa persona ahora es autónoma, es independiente, tiene un conocimiento propio.

Jorge: *Hola, Carlos, ¿cómo nos ayudarías a los jóvenes que queremos empezar a escribir?*

CL: Para escribir hay que leer mucho. Es la primera etapa. Uno va eligiendo qué es lo que le gusta pero también sobre qué va a escribir. Yo pienso que uno leyendo descubre los libros que le gustan. Uno elige a los maestros que admira y quiere parecerse a esos maestros. Los lee con amor, con envidia y trata de aprender de ellos, ver cómo escribieron. Voy a poner un ejemplo. Yo escribí una novela que se llama *El camino a Ítaca* y yo quería que se pareciera a una novela que se llama *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline. La leí muchas veces y cuando mi novela se publicó, la crítica en Uruguay dijo: se parece a *Viaje al fin de la noche*. A mí me pareció un honor porque no quería ser original, quería ser parecido. Hay que escribir mucho y no hay que desanimarse. Hasta que uno encuentra una vocecita propia con la que dialogar, una vocecita interna.